

RECENSIONES

Luis Malaver

¡Ay, Estela, quién cantara!
Porlamar, Editorial Raidis, 1997

Venezuela cuenta con una interesantísima muestra narrativa que se adentra en la corriente erótica de la literatura. Autores como Denzil Romero, Igor Delgado Senior, Salvador Garmendia, y Gustavo Luis Carrera, entre otros, representan muestra de ello. De ahí, pues, una reflexión sobre este tema.

En sus «Notas de prisa sobre erotismo», que sirven de prólogo al libro *En los brazos de Eros* (Caracas, Grijalbo-Mondadori, 1992), Alexis Márquez Rodríguez señala con sapiencia que el idioma español no cuenta con un verbo que exprese la conocida acción de «hacer el amor», sino que esta expresión la hemos adoptado de la expresión literal francesa, tan metafóricamente elaborada, que equivale precisamente a eso, a hacer el amor. Quizás por esta razón, los cuentos eróticos, y sus hermanas mayores, las novelas, resulten tan picarescos, tentadores y cargados de juegos expresivos que hacen alarde de descripciones al rojo vivo, al mejor modelo obsceno, al más patente de los realismos carnales o la más genial seducción. Sin

embargo, Márquez Rodríguez señala como vocablo muy preciso en nuestro idioma el «coito», aunque se explica inmediatamente aclarando que «hay coitos donde no se hace el amor». Por esta razón, quizás, hay cuentos cuyos coitos resultan tan largos o combinados, especie de multicoitos o pluricoitos, y sus páginas se alargan tan magistralmente que uno, humilde y entretenido lector, no quiere que esos coitos (léase cuentos) narrativos terminen en toda una noche. Señala sí Márquez Rodríguez un grupo de verbos y adjetivos que esta necesidad fisiológica y ficcional ha solicitado al español para designar sus distintas connotaciones semánticas y léxicas. Veamos, por ejemplo, una combinación de éstos a partir del esquema de este autor: tirar rico, poseer parado, coger sabroso, turbarse acostado, y otras por el estilo. Desde luego, esto no debe ruborizarnos. Al contrario, él insiste en fomentar este tipo de literatura entre los lectores, por cuanto «tanto la poesía como la narrativa venezolanas han sido demasiados pudorosas y pacatas».

¡Ay, Estela, quién contara! (Editorial Raidis, 1997; 53 p.) constituye el primer libro de narrativa de Luis Malaver. Sin embargo, se trata de un solo cuento, que le valió el Primer Premio de la Bienal Nacional «Orlando Araujo», en 1995, auspiciada por la Dirección de Cultura del Estado Barinas. En esta obra los sucesivos entramados de la historia hilan un texto complejo que se pasea por una saga familiar que se enrolla sobre sí misma, como en la tradición menesiana de «La mano junto al muro», con otros referentes dentro de sus particulares temas. Precisamente el elemento erótico, junto al amor frustrado o incierto, constituyen aspectos resaltantes en la obra, magistralmente convertida en un laberinto de pequeños enredijos dentro de una trama confundida adrede para desafiar al lector. Aparecen así episodios que superponen lo onírico con lo pasado en las vivencias pueblerinas. Por otra parte, los delirios propios de la pubertad entremezclados con la fantasía hacen de sus personajes caricaturas transfiguradas en pre-texto, en fluidez discursiva acentuada por el ingenio para esconder las acciones más peque-

ñas de los personajes. De esta manera el cuento ensancha sus referencialidades e intertualiza en su estructura múltiples voces, no se sabe si imaginarias, fantasmales, desdobladas o falsas, para falsear la estructura de una noveleta. Este, sin duda, constituye el recurso estético y técnico más hábil del autor en este cuento: simular una novela y cargar el texto de tantos puntos convergentes y divergentes a la vez, que simulen una novela corta, donde la figura de un padre y una madre casi fantasmales en el recuerdo y el recuento de la ficción, y un par de chicas delirantes por el instinto de la pasión desenfrenada en la misma adolescencia, pero contenida convencionalmente por la privacidad de la edad (son apenas «unas niñas»: «<<Cógeme Leopoldo, cógeme>>. <<Niña qué es eso>>. ¿No lo hace la gente? ¿No lo haces tú? Leopoldo evadió la pregunta»; p. 11), dan cabida a insólitas estampas del pueblo. Se lee así, por ejemplo: «Ella participó en la Guerra de los Seis Días y ahora tenía una mariposa pálida entre las piernas» (p. 5). «Tú misma me cuentas de tu estada en Estambul adornándola, llenándola de un erotismo lírico, pero aquí en el pueblo, Estela, hablas de la pinga descomunal de «El Negro»... (p. 39). Esa misma pasión se desborda hacia la complicidad y las hermanas acceden a cierto lesbianismo que el autor no matiza de amoralidad sino de espontaneidad y naturalidad: «El orgasmo bañaba de dulces fluidos los labios, las mejillas, la cara toda de Estela, a quien Tania ayudaba a sostener colocándole una mano en cada nalga»... (p. 50). Finalmente, el mismo cuento se justifica como pretexto para argumentar un juego de voces y un ejercicio escritural que en alguna parte se señala como inútil, si acaso no atrevido. Quizás la manera de jugar a lo mágico, a lo grotesco, a lo absurdo y a lo erótico tenga su punto de partida en esta línea del texto: «Estela era una lectora ávida de García Márquez» (p. 51). Sin embargo, estimamos que dentro de esas propuestas discursivas que se desarrollan a partir de la década del ochenta, y que los críticos literarios del país señalan como «intencionalidad estética» múltiple, por cuanto da cuenta de lo policíaco, lo erótico, lo histórico, lo absurdo, lo lírico, lo político y los hallaz-

gos pos-experimentalistas, con el ingrediente común del humor, este libro de Luis Malaver se adentra en casi todos esos presupuestos para ofrecer el lector una suerte de noveleta o cuento largo que satisface al lector más exigente y exige igualmente un lector agudo, despierto, dispuesto a jugársela con el texto. Por lo demás, Luis Malaver pertenece a la tradición literaria margariteña de esta última esquina del siglo veinte. Nació en 1964 y tiene al pueblo de La Fuente como escenario vital, desde donde consagra su vida activa al ejercicio de la docencia en la Universidad de Oriente, a las lecturas formativas, a su incesante búsqueda de la narrativa erótica del país y del mundo y la esporádica escritura de artículos de opinión de un humor natural, no el pasmoso que leemos todos los días en la prensa, que le sirven de entretenimiento y desquite ante la vida y los vericuetos políticos de este país. Como modesto escritor de ficciones tiene la tarea ahora de consagrar sus manifestaciones hacia un trabajo orgánico que desarrolle o defina su propia voz en la consecuencia del oficio. Y esa, él lo sabe, significa la tarea más difícil para quienes aspiramos este camino.

José Pérez

Lubio Cardozo

Paseo por el bosque de la palabra encantada

Casa de las Letras "Mariano Picón Salas" CDCHT-UULA

La fundación Casa de las Letras «Mariano Picón Salas» y el Consejo de Desarrollo Científico, Humanístico y Tecnológico de la Universidad de Los Andes publican el volumen de ensayos *Paseo por el bosque de la palabra encantada* (Ensayos sobre poetas venezolanos contemporáneos: 1940:1980), cuyo autor es Lubio Cardozo, ese gigante de la investigación literaria y ese lector sin descanso, sin complejos, sin retóricas, sin discrimina-